Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 23 de Marzo de 1927 No. 80

Los pequeños convidados de CRITICA, asombrados y felices, festejando el grandioso espectáculo del Circo Holdeim, aprecian otro espectáculo quizás más alegre, más grandioso todavía.

(Lección de Instrucción Cívica)

EL CIUDADANO

Sabemos que el conjunto de personas que viven en el territorio de un país se llama pueblo.

Pero todo pueblo está compuesto de dos clases de personas: las que han nacido en el propio territorio, y las que han venido de otras partes del mundo a establecerse en él para trabajar y labrar su fortuna.

Por eso a todo individuo se le designa con un nombre especial según sea el país o la nación de que es originario: francés, inglés, etcétera.

Así, las personas que han nacido en el territorio de la República Argentina, se llaman argentinos, aunque sus padres pertenezcan a otro país.

Hay muchos argentinos cuyos padres son extranjeros, es decir, que pertenecen a otra nación, pero, que han venido a establecerse en la República Argentina. Según las leyes que rigen las relaciones entre las diversas potencias, no son argentinos los hijos de los ministros extranjeros y de los empleados de las legaciones acreditadas en nuestro país. Porque la casa de cada legación se considera como un pedazo del territorio del país a que pertenece el ministro extranjero y sus empleados.

De modo que los niños nacidos, por ejemplo, en la casa de la legación chilena en Buenos Aires, no son argentinos sino chilenos. En cambio, son argentinos, los niños nacidos en las legaciones argentinas, cualquiera que sea el país donde estén establecidas.

Un niño nacido en la legación argentina en Río de Janeiro o París, por ejemplo, no es brasileño ni francés, sino argentino.

También se considera territorio nacional a todo buque de guerra, de modo que los niños nacidos en buques de guerra de la República Argentina, son argentinos aunque esos buques se encuentren anclados en puertos o aguas extranjeras.

De igual modo son argentinos los que han nacido en mares neutrales, en buques que lleven la bandera argentina, aunque dichos buques no sean de guerra sino mercantes. En tal concepto, un mar es neutro después de una legua de las costas que baña.

Ahora bien: los hijos de padres argentinos que hubieran nacido en el extranjero, pueden hacerse argentinos, es decir, optar por la nacionalidad de sus padres, llenando las condiciones que prescriben nuestras leyes.

Pero aquí ocurre esta pregunta: ¿Son ciudadanos todos los argentinos?

No: pues, como ya hemos dicho, sólo son ciudadanos las personas que tienen derecho a nombrar los empleados públicos o gobernantes, y que pueden ser nombradas para ejercer esos puestos.

Las mujeres, los niños, los dementes, los criminales, los extranjeros recién venidos al país, etc., no son ciudadanos porque no tienen el derecho de formar el gobierno, ya sea como electores o como elegidos.

Por nuestras leyes, es ciudadano el joven argentino que ha cumplido diez y siete años de edad, y que está habilitado para ejercer el derecho político de elegir y de ser elegido para las funciones gubernativas.

(Del libro Instrucción Cívica de los profesores E. A. Escobar Bavio y Juan V. Ceballos).

NUESTROS GRANDES HOMBRES

MARIANO MORENO

La renuncia de un hombre de bien es siempre irrevocable.

Nació el doctor Mariano Moreno en la ciudad de Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778 y pasó en ella los años de la niñez y de la adolescencia. Cursó los estudios secundarios, incluso el latín, en el Colegio de San Carlos y se trasladó luego a Chuquisaca, en cuya Universidad obtuvo el título de doctor en leyes.

Regresó a Buenos Aires en 1805, y se dedicó a su profesión de abogado, la que ejerció con mucho brillo y rectitud.

Fué Moreno quien redactó la célebre "Representación de los Hacendados" en la que, por encargo de éstos, exponía las causas que hacían necesario establecer la libertad de comercio.

El día 25 de Mayo de 1810, proclamados los miembros del primer gobierno popular, Moreno quedó designado secretario de la Junta Gubernativa.

Los días que siguieron a los de la histórica semana de Mayo, debían ser de actividad inusitada, pues era necesario preparar los elementos para sostener la causa y propagarla.

Era preciso contar con armas suficientes, y se mandó levantar un edificio apropiado para instalar en él una fábrica de fusiles. Faltaban hombres para la milicia, y se fundó una escuela de matemáticas a la que debían asistir, como alumnos, los oficiales y cadetes.

Era imprescindible que todos los actos del gobierno fueran conocidos por el pueblo y se fundó la "Gaceta de Buenos Aires", para publicarlos.

Debíase propender a la propagación de la instrucción, y se fundó la Biblioteca Pública como complemento de la escuela. ¡Que disposiciones, decretos, órdenes o iniciativas de todas clases debieron tomarse, para que la situación del nuevo gobierno se afirmase sólidamente.

Causa asombro el considerar que casi toda esta improba labor de la Junta era obra de Moreno, debida a su vasta ilustración, a su energía, a su consagración incansable a las tareas del gobierno. Con toda justicia ha sido llamado el Numen de la revolución.

Era, Moreno, hombre de carácter íntegro e inflexible, y, de ello, dió una prueba elocuente cuando al presentar su renuncia del cargo de secretario, por considerar que le asistía la razón en la actitud asumida, insiste en ella, ante la resolución de la Junta de no aceptarla, y declara que "la renuncia de un hombre de bien es siempre irrevocable". Palabras, éstas, que revelan, por sí solas, el temple de aquel hombre excepcional, que en sólo siete meses realizó una labor realmente extraordinaria.

EL BOYERO Y LA HILANDERA


L boyero era pobre por su casa. A los doce años entró al servicio de un labrador para pastorear su vaca. Al cabo de unos años la vaca se había puesto gorda y lucida y su pelo brillaba como el oro amarillo. Sin duda era una vaca de los dioses. Un día, mientras pastaba en la montaña, empezó de repente a hablarle al boyero, con voz humana, de este modo: "Hoy es la séptima noche. El señor de las nefritas tiene nueve hijas que van a bañarse al lago del cielo. La sexta es hermosa y lista sobre toda ponderación. Hila la seda de las nubes para el Dios y la Diosa del cielo, y vigila los trabajos de costura que hacen las muchachas en la tierra. Por eso se llama la hilandera. Si vas allí y le robas el vestido, puedes casarte con ella y alcanzar la inmortalidad." "Pero eso es en el cielo —dijo el boyero— ¿Cómo voy a llegar allá?" "Yo te llevaré" —respondió la vaca amarilla.

El boyero se subió en la vaca. En un momento comenzaron a brotar nubes de sus pies y se alzó en el aire. El boyero sentía en sus oídos un zumbido como de viento. Corrían rápidos como el relámpago. De pronto la vaca se paró. "Ya estamos" —dijo—. Entonces el boyero miró en derredor y vió bosques de crisoprasas y árboles de nefrita. La hierba era de jaspe y las flores de coral. En medio de esta magnificencia se extendía un lago cuadrado de cien millas. Se levantaban en ondas las aguas verdes y nadaban por la superficie dorados peces. Había además infinitos pájaros encantados, que volaban cantando. Ya de lejos vió a las nueve muchachas en el agua. Habían dejado sus vestidos en la orilla.

"Coge aprisa el vestido rojo —dijo la vaca—, y escóndete con él en el bosque, y aunque te lo pida tiernamente, no se lo dés hasta que te haya prometido ser tu mujer." El boyero se apeó rápidamente de la vaca, cogió el vestido rojo y echó a correr con él. En este momento le vieron las nueve muchachas, que se asustaron mucho. "¿De dónde vienes, joven, que te atreves a coger nuestros vestidos? —le dijeron—. Vuelve a ponerlos en seguida en su sitio." Pero el boyero no se asustó, sino que se escondió debajo de una de las flores de nefrita.

Entonces ocho de las muchachas vinieron corriendo a la orilla y se pusieron sus vestidos. "Hermana séptima —dijeron—, el que te está destinado por el cielo ha llegado. Nosotras, tus hermanas, te dejaremos con él." La hilandera se quedó acurrucada en el agua. Estaba llena de vergüenza y le habló al muchacho: "Boyero, devuélveme ahora mismo mi vestido." Pero el boyero se estuvo quieto, riéndose. "Si me prometes ser mi mujer —dijo—, te devolveré tus vestidos." Pero la doncella no estaba conforme. "Yo soy hija del señor de los dioses —dijo—, y no puedo casarme sin orden suya. Dame en seguida mi vestido, si no mi padre te castigará."

Entonces la vaca amarilla dijo: "Estáis destinados uno a otro por la suerte; yo me encargo de servir de intermediaria para vuestro matrimonio, y el señor, tu padre, no tendrá ningún inconveniente en autorizarlo." La doncella dijo: "Tú eres un animal irracional. ¿Cómo podrías servir de intermediaria?" La vaca dijo: "Pregúntalo al viejo sauce que está en la orilla. Si habla, es señal de que el cielo aprueba vuestra unión." Y la doncella le preguntó al sauce. Y el sauce respondió con voz humana:

Pero a los siete días, ella se despidió de él: "El señor del cielo me ha encargado que vigile los husos. Si me retraso demasiado, temo que me castigue. Pero aunque ahora tengamos que separarnos, ya me reuniré contigo." Y dichas estas palabras, se marchó real y verdaderamente. El boyero echó a correr detrás de ellas. Pero cuando ya estaba muy cerca para alcanzarla, la muchacha se quitó las horquillas de su pelo y trazó una raya por el cielo. Esta raya fué el río de plata (la vía láctea). Por eso están ahora separados por un río y se contemplan.

Desde entonces se reúnen cada uno en la séptima noche. Cuando ha llegado el momento, acuden todos los cuervos del mundo y forman un puente por el que la hilandera cruza el río. Este día no se vé un solo cuervo en los árboles, ni por la mañana ni por la tarde. Sin duda la razón es ésta. Además esa noche cae con frecuencia una lluvia menuda; y las mujeres y las viejas se dicen unas a otras: "Son las lágrimas que vierten al despedirse el boyero y la hilandera". Por eso la séptima noche es una fiesta de la lluvia.

UN PROBLEMA DIFICIL PERO ENTRETENIDO



La interesante prueba que hoy ofrecemos a nuestros lectorcitos consiste en matar de cuatro tiros (tiros figurados, naturalmente), a varios de los animalitos que figuran en la fotografía, debiendo llegar a la cantidad de nueve o más libras. Las libras que corresponden a cada animal están indicadas en el número que lleva cada uno de éstos. Para conseguir este resultado, deberán ustedes entrar por uno de los varios caminos cuya entrada se halla en la parte inferior del grabado, de donde seguirán hasta uno de los animales y de ahí continuar hasta cubrir la cantidad indicada. El niño que trazando una línea llegue a tocar más animales, sin abandonar el camino elegido, será el ganador de la prueba.

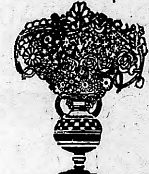
EL FRUTO DE NUESTROS PEQUEÑOS COLABORADORES



LEYENDA DE LAS TRES

Por WASHINGT

(Continuaci



Los cautivos cristianos presos a cargo de un barbudo renegado de anchas espaldas, llamado de anchas espaldas, llamada Hussein Baba, que tenía fama de ser algo aficionado a que le untasen el bolsillo. Fué a verlo privadamente, y deslizándole en la mano una moneda de oro de bastante peso, le dijo:

—Hussein Baba: mis señoritas, las tres princesas que están encerradas en la torre, aburridas y faltas de distracción, quieren oír los primores musicales de los tres caballeros españoles y tener una prueba de su rara habilidad. Estoy segura de que sois bondadoso y no me negaréis un capricho tan inocente.

—¡Cómo! ¿Para que luego pongan mi cabeza a hacer muecas sobre la puerta de mi torre? ¡Ah! No lo dudéis; esa sería la recompensa que me daría el rey si llegara después a enterarse.

—No debéis temer que ocurra tal cosa, pues podemos arreglar el asunto de modo que complazcamos a las princesas sin que su padre se entere de nada. Bien conocéis la honda cañada que pasa precisamente por el pie de la torre; poned a los tres cristianos para que trabajen allí, y en los intermedios del trabajo dejadlos cantar y tocar, como si fuera para su propio recreo. De esta manera podrán oírlos las princesas desde los ajimeces de la torre, y estad seguro de que se os pagará bien vuestra condescendencia.

La buena anciana concluyó su conferencia apretando la ruda mano del renegado y dejándole en ella otra moneda de oro.

Su elocuencia fué irresistible; al día siguiente los tres caballeros fueron llevados a trabajar en el valle, junto a la misma Torre de las Infantas; y durante las horas calurosas del mediodía, mientras que sus compañeros de trabajo dormían la siesta a la sombra y los centinelas, amodorrados, daban cabezadas en sus puestos, se sentaron nuestros caballeros sobre la hierba al pie del baluarte y comenzaron a cantar trovas españolas al melodioso son de sus guitarras.

Aunque el valle era profundo y alta la torre, sus voces se elevaban claras y dulcísimas en medio del silencio de aquellas somnolientas horas del estío. Las princesas escuchaban desde el ajimez, y como su aya les había enseñado la lengua castellana, se deleitaban en el extremo oyendo las tiernas endechas de sus gallardos trovadores. La juiciosa Kadiga, porelcontrario, afectaba estar dada a los mismos diablos.

—¡Alláh nos saque con bien! —exclamó—. ¡Ya están esos señores cantando trovas amorosas dirigidas a vosotras! ¿Habráse visto audacia tal? ¡Voy a ver ahora mismo al capataz de los esclavos para que los apaleen sin compasión!

—¡Cómo! ¿Apalear a tan galantes caballeros porque cantan con tan singular habilidad y dulzura?

Las hermosas princesas se horrorizaban ante semejante cruel idea. La honesta indignación de la buena dueña, al cabo mujer y de condición y genio apacible, se calmó fácilmente. Por otro lado, parecía que la música había producido un efecto benéfico en sus señoritas, pues sus mejillas se iban sonrosando poco a poco, y sus lindos ojos volvían a despedir fúlgida luz radiante. No hizo, por lo tanto, más observaciones sobre las amorosas estrofas de los caballeros.

Cuando concluyeron éstos de cantar, las princesas quedaron silenciosas por un breve momento; pero en seguida Zorayda cogió su laúd, y con voz débil y emocionada entonó un ligero aire africano, cuya letra decía así:

"En su lecho de verdor
crece la rosa escondida,
escuchando complacida
los trinos del ruiseñor."

Desde entonces los caballeros eran traídos casi todos los días a los trabajos de la cañada. El considerado Hussein Baba se fué haciendo cada vez más indulgente, y cada día manifestaba mayor propensión a quedarse dormido en su puesto. Así, pues, se estableció una misteriosa correspondencia entre los caballeros y las enamoradas princesas por medio de romanzas y canciones, ajustadas a los sentimientos de unos y otros en cuanto era posible.

Aunque tímidamente, las princesas llegaron a asomarse al ajimez, burlando la vigilancia de los guardias, y a conversar con sus enamorados caballeros por medio de flores; cuyo simbólico lenguaje era conocido de entrambas partes; aumentando las mismas dificultades de sus correspondencias el deleite inefable de sus amores, el fuego encendido en sus corazones; pues sabido es que el amor se complace en luchar con las resistencias, y que crece con más vigor en el terreno que parece más árido y estéril.

El cambio operado en los rostros, en las miradas y en el carácter de las princesas con esta secreta corespondencia sorprendió y satisfizo al zurdo monarca; pero nadie se mostraba de ello tan ufano como la discreta Kadiga, pues lo consideraba todo debido a su exquisito tacto.

Mas he aquí que esta telegráfica correspondencia se interrumpió durante unos días, pues no volvieron a aparecer los caballeros cristianos en el valle. En vano las tres hermosas prisioneras miraban desde lo alto de la torre; en vano asomaban sus gargantas de nieve por el ajimez; en vano cantaban como ruiseñores presos en sus jaulas; sus galantes caballeros no se veían ni contestaban a sus cantos desde la alameda. La discreta Kadiga salió para enterarse de lo que sucedía, y volvió muy en breve con el rostro descompuesto por la turbación.

—¡Ay, niñas mías! — gritó. ¡Ya preveía yo en lo que vendría a parar todo esto; pero así lo quisisteis vosotras! Ya podéis colgar vuestros laúdes en los sauces, pues los caballeros españoles han sido rescatados por sus familias, y estarán a estas horas en Granada disponiéndose para regresar a su patria.

Las enamoradas infantas se desconsolaron con tan contraria noticia. La bella Zayda se indignó por la descortesía que habían usado con ellas marchándose sin dirigirles siquiera una palabra de despedida. Zorayda se oprimía las manos de desesperación y lloraba, mirándose al espejo; y no bien enjugaba sus lágrimas, cuando se deshacía en nuevo amargo llanto. La gentil Zorahayda se apoyaba en el ajimez gimiendo silenciosamente y regando gota a gota con sus lágrimas las flores de la ladera en donde habían estado sentados tantas y tantas veces los desleales caballeros.

La buena Kadiga hizo cuanto pudo por mitigarles su dolor.

—Consolãos, mis queridas niñas —les decía—; esto os parecerá nada cuando tengáis mi experiencia de las cosas del mundo. Cuando lleguéis a mi edad, ya sabréis perfectamente lo que son los hombres. Juraría que esos caballeros tienen amores con algunas de las beldades españolas de Córdoba o Sevilla, y pronto les estarán dando serenatas bajo sus ventanas, y se olvidarán, ¡ay!, para siempre de sus bellas amantes moriscas de la Alhambra. Sosegãos, por lo tanto, niñas mías, y desechadlos de vuestros corazones.

Empero, estas juiciosas reflexiones de la discreta Kadiga sólo servían para acrecentar la desesperación de las hermosas princesas, las cuales permanecieron inconsolables durante los dos primeros días. En la mañana del tercero, la buena aya entró en sus departamentos mostrándose trémula de indignación.

—¡Quién hubiera creído capaz de tamaña insolencia a ningún ser humano! — exclamó, tan pronto como pudo hallar palabras para expresarse. Pero me lo tengo muy bien merecido, por haber contribuído a hacer traición a vuestro bondadoso padre. ¡No me habléis jamás, en la vida, de los tales caballeros cristianos!

—Pero ¿qué ha sucedido, mi buena Kadiga? —exclamaron las tres princesas con anhelante ansiedad.

—¿Que qué ha sucedido? ¡Pues que han hecho traición, o lo que es lo mismo, que me han propuesto hacer una traición!... ¡A mí, a la más fiel de todos los vasallos! ¡A mí, la más digna de confianza de cuantas ayas hay en el mundo! Sí, hijas mías; los caballeros españoles se han atrevido a proponerme que os persuada para que huyáis con ellos a Córdoba, donde os harán sus esposas.

Al llegar aquí, la taimada vieja se cubrió el rostro con sus manos y afectó dar rienda suelta a un violento acceso de pena y de indignación. Las tres hermosas princesas tan pronto se ponían rojas como pálidas, temblaban dirigiendo sus ojos al suelo y se miraban de reojo unas a otras sin pronunciar palabra, en tanto que la dueña se sentaba agitándose con un movimiento violento, y prorrumpiendo de cuando en cuando en estas exclamaciones:

—¡Que haya yo vivido para ser de tal modo ultrajada! ¡Yo!... ¡La más fiel servidora de mi señor!

Al fin, la mayor de las princesas, que era la que poseía más valor y la que siempre se colocaba a la cabeza de sus hermanas, se aproximó a su querida aya y le dijo poniéndole la mano sobre el hombro:

—Y bien, madre; y si nosotras quisiéramos huir con los caballeros cristianos, ¿sería eso posible?

La buena dueña se contuvo por un momento; pero después, mirando a la princesa, le respondió:

—¡Posible!... ¡Ya lo creo que es posible! ¿Pues no han sobornado ya los caballeros al renegado capitán de la guardia, Hussein Baba, y concertado con él el plan de evasión? Pero ¡pensar en engañar a vuestro padre, que ha depositado en mí toda su confianza!...

Y aquí la buena mujer volvía de nuevo a sus aspavientos, a agitarse trémula, a retorcerse las manos...

—Pero nuestro padre nunca ha puesto su confianza en nosotras —replicó la mayor de las princesas—; por el contrario, se ha fiado más bien de llaves y cerrojos, tratándonos como unas miserables cautivas.

—Eso sí es verdad —dijo a su vez la dueña, haciendo otro paréntesis en sus lamentaciones—; ciertamente que os ha tratado de un modo indigno, encerrándoos aquí para que se marchite vuestra hermosura en esta vieja torre, como rosas que se deshojan en un búcaro. Sin embargo, hijas, ¡abandonar vuestro país natal!...

—¿Pues acaso la tierra adonde huiríamos no es la patria de nuestra madre, y donde viviríamos en libertad? ¿Y no sería preferible tener cada una un marido joven y cariñoso, en vez de un padre viejo y severo?

—¡Calla, pues es verdad también todo eso! Y hay que confesar que vuestro padre es bastante tirano; pero entonces — volviendo a sus remilgos, — ¿me váis a dejar aquí abandonada para que sea yo la víctima de su venganza?

—Ciertamente que sí, niña mía; y para decir toda verdad, cuando conversó sobre esto conmigo Hussein Baba, me prometió cuidar de mí si quería acompañaros en vuestra fuga; pero de todos modos, ¡pensadlo muy bien, hijas mías! ¿Habéis de tener valor para renunciar a la religión de vuestro padre?

—La religión de Cristo fué la primera profesada por nuestra madre —dijo la princesa mayor—; yo estoy dispuesta a convertirme y segura de que mis hermanas imitarán mi ejemplo.

—¡Tienes razón, hija mía! —

Gracias a CRITICA, os Pibes Porteñ

Una enorme multitud de niños y de otros que ya hace mucho tiempo dejaron de serlo, se congregó

...ES HERMOSAS PRINCESAS

...HINGTON IRVING

(...inuación y fin)

...a vieja
...desho-
...bargo,
... país-
...adon-
...ría de
...iviría-
... sería
...un ma
...vez de
... tam-
... con-
...s bas-
...ces —
— ¿me
...onada
...na de
... niña
...erdad,
... con-
...rome-
...ncom-
... pero
... muy
...de te-
...la re-
...fué la
...uestra
... ma-
..., con-
... mis
...mplo.
...al! —

exclamó la amorosa dueña rebosando alegría. Esa fué la religión primitiva de vuestra madre, y se lamentó amargamente en su lecho de muerto de haber abjurado de ella. Yo le prometí entonces de cuidar de vuestras almas, y ahora me lleno de júbilo viéndose en camino de salvación. Sí, hijas del alma, yo también nací cristiana, y he seguido siéndolo dentro de mi corazón, y estoy resuelta a volver a mi antigua fe. He hablado sobre todo esto con Hussein Baba, español de nacimiento y originario de un pueblo no muy distante del mío natal, y se halla el pobre también ansioso de volver a su patria y de reconciliarse con la Iglesia; habiéndole prometido los caballeros que si él y yo estamos dispuestos a ser marido y mujer cuando volvamos al país que nos vió nacer, ellos cuidarán de protegernos.

En una palabra; resultó que la discretísima y astuta dueña había celebrado una entrevista con los caballeros y el renegado, y que habían dejado concertado todo el plan de la huída. La princesa mayor consintió inmediatamente en ello, y su ejemplo, como de ordinario, trazó la línea de conducta de sus hermanas; sin embargo, la menor se mostraba vacilante, pues era de alma tan bella como tímida, y su tierno corazón luchaba entre el cariño filial y su pasión juvenil. La hermana mayor ganó la victoria, como siempre, y entre lágrimas y ahogados suspiros, se comenzó a preparar al punto la evasión.

La escabrosa colina sobre la cual está edificada la Alhambra se halla desde tiempos antiguos minada con pasadizos subterráneos cortados en la roca y que conducen desde la fortaleza a varios sitios de la ciudad y a distantes portilos en las riberas del Dauro y del Genil, construídos en épocas diferentes por los reyes moros, como medios de escapar en las repentinas insurrecciones, o para salir secretamente a particulares aventuras. Muchos de estos subterráneos se encuentran hoy completamente ignorados, y otros en parte cegados con escombros y en parte tapiados, sirviéndonos de monumentos de las celosas precauciones y estratagemas guerreras del gobierno musulmán. Por uno de estos pasadizos concertó Hussein Baba sacar a las infantas hasta una salida más allá de las murallas de la ciudad, donde los caballeros se hallarían preparados con ligeros corceles para huir rápidamente con ellas hasta la frontera.

Llegó la noche designada; la Torre donde moraban las princesas fué cerrada, como de costumbre, y la Alhambra yacía en el más profundo silencio. A eso de la media noche, la discreta Kadiga escuchó desde el ajimez al renegado Hussein Baba, que ya estaba debajo y daba la señal. La dueña amarró el cabo de una escala al ajimez y dejó caer ésta al jardín, bajándose luego por ella. Las dos infantas mayores la siguieron con el corazón palpitante; pero cuando llegó su turno a la princesa menor, Zorahayda, titubeó y tembló... Aventuró varias veces el apoyar su delicado y menudo pie en la escala y otras tantas lo retiró, agitándose tanto más su pobre corazón cuanto más vacilaba. Lanzó luego una mirada aflictiva a la habitación tapizada de seda; en ella vivía, es verdad, como el pájaro aprisionado en su jaula, pero al fin allí se encontraba segura; ¿quién podía adivinar los peligros que la rodearían cuando se viera lanzada en el piélago del mundo? Pero luego se le presentó la imagen de su galán amante cristiano, y puso de nuevo su piecesito sobre la escala; por último, se acordó otra vez de su padre y lo volvió a retirar. Es imposible describir la lucha que se daba en el turbado corazón de aquella pobre niña, tan enamorada y tierna como tímida e ignorante de las cosas de esta vida.

En vano le rogaban sus hermanas, regañaba la dueña y blasfemaba el renegado debajo del ajimez; la gentil princesa mora continuaba dudosa y titubeaba en el momento crítico de la fuga, tentada por las dulzuras de la falta, pero, aterrada por los peligros.

A cada momento era mayor el riego de ser descubiertos. Se oyeron pasos lejanos.

—¡Las patrullas vienen haciendo la ronda! — gritó el renegado. — Si nos detenemos un momento más, estamos perdidos. ¡Princesa: descended inmediatamente, o si no, os abandonamos!

La infeliz Zorahayda se sintió presa de una agitación febril, y desatando la escala de cuerda con desesperada resolución, la dejó caer desde el ajimez.

—¡Todo se ha concluído! — exclamó. — ¡No me es posible ya la fuga! ¡Alláh os guíe y os bendiga, amadas hermanas mías!

Las dos infantas mayores se horrorizaron al pensar que la iban a dejar sola, y ya hubieran preferido quedarse; pero la patrulla se acercaba, el renegado estaba furioso y se vieron llevar atropelladamente hasta el pasadizo subterráneo. Anduvieron a tientas por un horrible laberinto cortado en el seno de la montaña, logrando llegar sin ser descubiertos a una puerta de hierro que daba fuera del recinto. Los caballeros españoles estaban aguardándolas disfrazados de soldados moriscos de la guardia que mandaba el renegado.

El amante de Zorahayda se desesperó cuando supo que aquélla había rehusado abandonar la torre; pero no se podía perder tiempo en inútiles lamentos. Las dos princesas fueron colocadas a la grupa con sus amantes, y la dicreta Kadiga montó detrás del renegado, partiendo todos a prisa en dirección del Paso de Lope, que conduce por entre montañas a Córdoba.

No se hallaban aún muy lejos, cuando oyeron el ruido de tambores y trompetas en los adarves de la Alhambra.

—¡Nuestra fuga se ha descubierto! — dijo el renegado.

—Tenemos ligeros corceles, la noche es obscura y podemos burlar la persecución — replicaron los caballeros.

Espolearon sus caballos y escaparon a través de la Vega, llegando al pie de Sierra Elvira, que se levanta como un promontorio en medio de la llanura. El renegado se detuvo y escuchó.

—Hasta ahora — dijo — nadie viene en nuestro seguimiento; creo que podremos escapar a las montañas.

Al decir esto brilló una luz intensa en la torre que servía para señales en la Alhambra.

—¡Maldición! — gritó el renegado. — Esa es la señal de ¡Alerta! a todos los guardias de los pasos. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Espoleemos con furor, pues no hay tiempo que perder!

Corrían y corrían vertiginosamente, y el choque de las herraduras de sus caballos se repetía de roca en roca, conforme iban atravesando el camino que costeaba la pedregosa Sierra de Elvira; pero al propio tiempo que galopaban vieron que la luz de la Alhambra era contestada en todas direcciones desde las atalayas de las montañas.

—¡Adelante! ¡Adelante! — gritaba el renegado en medio de sus increpaciones y juramentos. — ¡Al puente, al puente, antes que la alarma haya cundido hasta allí!

Doblaron el promontorio de la montaña y llegaron a la vista del famoso Puente de Pinos, que atraviesa una impetuosa corriente, teñida en mil combates famosos con sangre de moros y cristianos. Para mayor tribulación, en la torre del puente se veían numerosas luces y brillar en ella las armaduras de los soldados. El renegado se alzó sobre los estribos y miró a su alrededor por un momento; después, haciendo una señal a los caballeros, se salió del camino, costeando el río hasta cierta distancia, y se metió dentro de sus aguas. Los caballeros previnieron a las atribuladas princesas que se sujetaran bien a ellos. Sentíanse, en verdad, arrastrados a alguna distancia por la rápida corriente, cuyas rugientes olas bramaban a su alrededor; pero las hermosas princesas se afianzaron bien a los caballeros cristianos, e iban sin exhalar una queja. Por último, llegaron salvos a la orilla



opuesta, y fueron guiados por el renegado a través de escabrosos y desusados pasos y ásperos barrancos por el interior de las montañas, evitando el pasar por los caminos de costumbre. En una palabra; lograron llegar a la antigua ciudad de Córdoba, donde fué celebrada la vuelta de ellos a su país al seno de sus amigos con grandes fiestas, pues nuestros caballeros pertenecían a las familias más distinguidas. Las hermosas princesas fueron recibidas en el seno de la Iglesia, y después de haber abrazado la santa fe cristiana, se hicieron esposas y vivieron felicísimas.

En nuestra prisa por ayudar a las princesas a atravesar el río y cruzar las montañas, nos hemos olvidado decir que fué de la discreta Kadiga. Pues se agarró lo mismo que un gato a Hussein Baba durante la carrera a través de la Vega, chillando a cada salto y haciendo vomitar sapos y culebras al barbudo renegado; pero cuando éste se dispuso a meter su corcel en el río, su terror no conoció límites.

—No me aprietes con tanta fuerza — le decía Hussein Baba; — agárrate a mi cinturón y nada temas.

Ella se había asido, en efecto, con ambas manos al cinturón de cuero del robusto renegado..., pero cuando se detuvieron los caballeros a tomar aliento en lo alto de las montañas, notaron que había desaparecido la dueña.

—¿Qué ha sido de Kadiga? — gritaron las princesas alarmadas.

—¡Solo Alláh lo sabe! — contestó el renegado. — Mi cinturón se desató en medio del río, y Kadiga fué arrastrada con él por la corriente. ¡Cúmplase la voluntad de Allah! Y en verdad que lo siento, porque era un cinturón bordado, de gran precio.

No había tiempo que perder para dolerse de aquella desgracia; con todo, lloraron amargamente las princesas la pérdida de su discreta consejera. Aquella excelente anciana, sin embargo, no perdió en la corriente más que la mitad de sus "siete vidas", pues un pescador que se hallaba sacando casualmente sus redes a alguna distancia río abajo, la sacó a tierra, quedando asombrado de su milagrosa pesca. Lo que fué después de la discreta Kadiga no lo cuenta la tradición, pero sí se sabe que ella acreditó su discreción no poniéndose jamás al alcance de Mohamed el Zurdo.

Tampoco se sabe casi nada acerca de la conducta de aquel sagaz monarca cuando descubrió la evasión de sus hijas, y la mala pasada que le jugó la más fiel de sus servidoras. Había sido la única vez en que había pedido consejo; no se sabe que jamás volviera a caer en semejante debilidad. Sin embargo, tuvo buen cuidado de guardar a la hija que le quedaba, a la infeliz que no había tenido ánimos para escaparse. Se cree también como cosa muy cierta que la princesa se arrepintió interiormente de haberse quedado dentro de la torre, y cuentan que de vez en cuando se la veía apoyada en el adarve, mirando tristemente las montañas en dirección a Córdoba, y que otras veces se oían los acordes de su laúd acompañándose sentidas canciones, en las cuales se lamentaba de la pérdida de sus hermanas y de su amante, condoliéndose al mismo tiempo de su solitaria existencia. Murió joven y, según el rumor popular, fué sepultada en una bóveda debajo de la torre, dando lugar su fin prematuro a más de una leyenda tradicional.

...rteños Vivieron Ayer una Tarde Feliz

...gregó en la sala del Teatro San Martín, donde el Circo Holdelm ofreció una magnífica función.

COMO VIVEN LOS NINOS DE OTRAS RAZAS

Los Niños Esquimales



ESTA curiosa raza de habitantes de regiones árticas — prosiguió diciendo don Manuel a sus sobrinos — es del carácter más bueno que os podéis imaginar. Si el territorio de Groenlandia disfrutase de un clima más benigno, sería una delicia ir a veranear allí. Las familias viven unidas y crían a sus hijos con verdadero mimo.

A los de pecho los llevan las madres metidos adentro de una de las altas botas de piel que usan; cuando se desarrollan algo, los transportan alrededor del cuello, debajo de la capucha, y cuando ya se les pueden arreglar solos y quieren jugar con sus amiguitos, andan muchas veces en cueros vivos por aquellas heladas planicies.

—Qué horror! — exclamó Juanita — da frío sólo de pensarlo.

—Pues no os extraño. Algunos médicos han hecho experimentos que, al parecer, demuestra que los niños, sean de la raza que sean, no sienten el frío. Diríase que la providencia prevé el caso de que un niño desválido se quede abandonado por la desgracia o por el descuido de sus padres. Pero sigamos con nuestros esquimalitos. Ya sabéis que, jugando con hielo, se entra en calor, y no es extraño que después de corretear y revolcarse en la nieve vuelvan a su choza de hielo, sudando.

—¡Qué cosas más raras!

—Allí se atiborran de grasa de foca, que es uno de sus manjares favoritos, y ¡tan campantes! En un país donde la pesca es la principal fuente de la alimentación. El pequeño esquimal se aficiona muy pronto al deporte, y, así, puedo deciros que, en mis viajes por aquellas regiones, he visto durante la época del deshielo, niños de cinco o seis años, pasarse toda la noche y todo el día echando el sedal por los agujeros abiertos en el banco de hielo y recoge tanta pesca, que no podían transportarla toda a su casa.

—¡Pobrecitos! ¡Qué trabajadores!

—El esquimal, sea de dónde sea, pues existen variedades, no sólo en el tipo y en idioma, sino en el modo de vivir, es un individuo muy curioso, y, para satisfacer su curiosidad, no titubea en emprender, con su familia, y con sus vecinos, un viaje de varios centenares de kilómetros.

Por ejemplo: al saber que estaba nuestro barco anclado en cierto punto de la costa, llegaron familias de lugares muy lejanos para verlo, y de paso para hacer algún negocio, pero son muy malos negociantes y se contentan con cualquier cosa. Verdad que tampoco ellos tienen grandes cosas que ofrecer, como no sean pieles de foca y alguna que otra de oso blanco. Como allí es el perro el principal y casi único animal de tiro para sus trineos, pues el reno se emplea poco, el niño esquimal juega con los perritos de cría, y es encantador ver, durante el verano, los chicos en los alrededores de las chozas jugando como ositos con los perros pequeñitos, los cuales, de mayores, tienen más de fiera que de animal doméstico, pero temen el látigo, y remolcan los trineos con pasmosa velocidad. Finalmente, la distracción más seria de los esquimales, es la de tirar el arco. Sus padres les acostumbran al manejo de esta arma desde pequeños, porque su manejo constituye un medio de vida, facilitando la caza y los chiquillos disparan flechas a más y mejor, aunque no tengan pieza a la vista...

LA HIGIENE

Prendas de vestir que pueden obstaculizar la libre circulación de la sangre

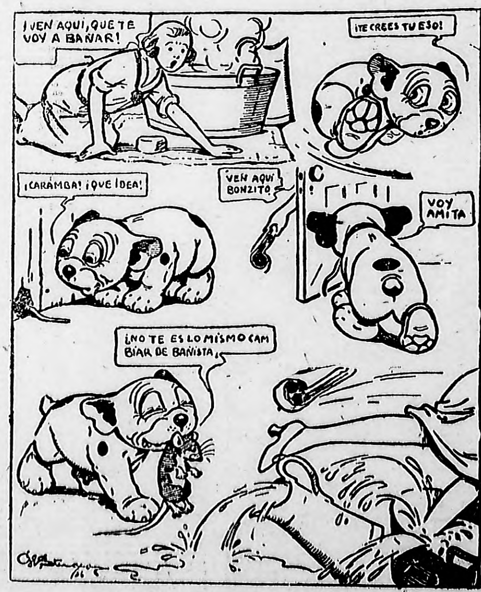
le hacerse con toda facilidad, sin nada que la entorpezca; una liga ajustada, por ejemplo, no sólo impediría que la sangre arterial alimentase libremente al pie, sino que hasta cierto punto detendría el regreso de la sangre venosa al corazón y pulmones; la pierna se hincharía y tal vez produciría edemas y várices, a menudo de fatales consecuencias. Algo más grave puede suceder si es el cuello el que se ajusta: los desvanecimientos, congestiones cerebrales y ataques apopléticos pueden ser el resultado.

Conviene, pues, no seguir algunas modas que están en pugna con la higiene; nada de corsé apretado, que impida respirar con amplitud y oxigenar la sangre, nada de botines estrechos pantalones, gorros de dormir o sombreros ajustados que compriman las venas o arterias y que aparte de la incomodidad que producen y los peligros que traen por la salud que se altera, están la alegría y bienestar que se pierden.

Las ocupaciones sedentarias que obligan a una misma posición, se consideran también peligrosas por la compresión que ejercen en las venas y arterias de algunas partes del cuerpo.

Cuando se está mucho tiempo sentado, escribiendo o leyendo las piernas se enfrían, porque la sangre no circula fácilmente, conviene entonces cambiar de posición.

COMO SE SALVO DEL BANO

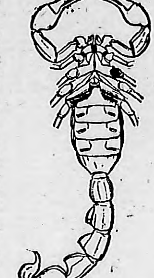


La venganza del pícaro Bonzo

LOS ANIMALES PELIGROSOS

El escorpión

El "escorpión" es otro animal peligroso y en mayor grado que otro cualquiera de su especie, por cuanto su veneno es más activo.



La configuración de su cuerpo, como lo explica la figura anterior, permite al escorpión tomar su presa con las pinzas de sus palpos y, levantando la parte delgada del abdomen que semeja un cola, pinchar al animal, aprisionado, con la uña afilada y hueca, por donde sale el veneno de la glándula y matarlo al inoculárselo.



Como el veneno del escorpión no actúa sobre la sangre del hombre sino que paraliza los músculos respiratorios, el corazón sigue latiendo y el hombre puede salvarse de una muerte segura, si se le practica inmediatamente la respiración artificial, evitando la asfixia, que de otro modo se produce y dando así tiempo para que se elimine el veneno por los riñones.

En nuestro país tenemos una especie más pequeña del escorpión, conocida con el nombre de "alacrán", (fig. 2), cuyo veneno es menos peligroso.

HUEVOS DE GALLINA GRABADOS

Es una operación muy sencilla grabar en la cáscara de un huevo dibujos o inscripciones. Basta señalar con cera o sebo los trazos y abandonar el huevo en un baño de ácido, vinagre o ácido clorhídrico muy diluidos en agua. Al cabo de algún tiempo, que si el ácido está muy diluido podrá llegar hasta dos o tres horas, se retira el huevo del baño, se lava con agua y se elimina con bencina la capa de grasa.

PRUEBA DE AMOR FILIAL

CELEBRE es el joven corso que permaneció sobre cubierta mientras el buque ardía.

Llamábase Jacobo Jocante Casablanca, e iba en el "Oriente", buque almirante que mandaba su padre, juntamente con la flota francesa reunida por Napoleón, para invadir Egipto.

En la tarde del primero de agosto de 1798, el almirante inglés Nelson se había hecho a la vela para atacar a los navíos franceses que se hallaban en Abukir, y algunos buques ingleses, introduciéndose entre los franceses y la costa, cogieron a éstos entre dos fuegos.

Los cañones ingleses estuvieron apuntando durante horas enteras al "Oriente", el mejor buque de la armada, disparando contra él incesantes andanadas; pero todavía ondeaba la bandera francesa en la almirante hasta que el fuego mortífero de la "Vanguardia", de Nelson, hirió al capitán e incendió el buque. Los marinos tuvieron que ir retrocediendo palmo a palmo, a medida que las llamas avanzaban, viéndose obligados a abandonar uno a uno los cañones.

Entonces el padre de Casablanca, mortalmente herido, pero todavía en su puesto, ordenó a los leales defensores del navío que lo abandonasen.

Así lo hicieron, no sin antes suplicar que se salvase con ellos. Ocurría esto entre nueve y diez de la noche; las llamas avanzaban sin cesar, y Casablanca continuaba rogando a su padre que saltase al agua con él.

Pero el capitán se negó a abandonar el buque, recomendando a su hijo que se pusiera a salvo. ¡Dejar el hijo al padre! ¡Nunca! Semejante acción era imposible para Casablanca; prefería morir antes que abandonarle.

Y con la serenidad de quien cumple un deber por imperativo de su conciencia, padre e hijo permanecieron cogidos de la mano hasta que una estruendosa explosión determinó el hundimiento total del buque, escenario de tan ejemplar heroísmo.

NUESTRO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

Lectorcitos amigos: He aquí una oportunidad de ganarse una libre esterlina que les ofrece* CRITICA PARA LOS PIBES. *Este es el cuento del Concurso sin final correspondiente a esta semana. Todos los pibes que deseen tomar parte en nuestro concurso deberán escribir la terminación que se les ocurra. La terminación que resulte aceptada, que lo será la mejor, será publicada en nuestro número próximo, y su autor o autora, recibirá la libra esterlina de premio. Las respuestas deben ser dirigidas a la dirección de* CRITICA PARA LOS PIBES, *Sarmiento 1546.

A MEDIADOS del siglo pasado reinaba en la India el rajá Sivapura, gran amigo de los ingleses, muy envidiado de los príncipes vecinos, por las inmensas riquezas que poseía y muy temido de sus súbditos por su carácter malo y sanguinario.

Para hacerse respetar de unos y otros había organizado un poderoso ejército de maratas, cuyos temibles batallones acampaban, parte en la capital y parte en las fronteras. A pesar de sus temibles precauciones, Sivapura no estaba exento de inquietudes: su tesoro le quitaba el sueño, y resolvió ponerlo en seguridad una vez por todas. Llamó a la corte, al arquitecto más hábil de sus territorios y le habló en estos términos:

—Excelente Sethon; quisiera colocar en sitio seguro las pedrerías y las alhajas que tengo acumuladas en las cuevas de mi palacio, y cuento contigo para construir un escondite donde pueda ocultarlas a cubierto de toda mirada envidiosa. Te doy carta blanca en este asunto, pues no dudo que lo que tú hagas me dejará satisfecho.

El arquitecto se retiró y puso manos a la obra, trazando el plano del monumento futuro. Se lo enseñó a Sivapura y éste quedó maravillado, encantándole sobre todo el intrincado dédalo de corredores ingeniosamente imaginado por Sethon. No cabía duda, el hombre que se aventurara a penetrar en aquel edificio sin conocer el secreto de paso, estaba perdido de antemano.

Centenares de hindús fueron empleados en la obra, y pocos meses después, la pagoda se alzaba majestuosa, dominando por un lado las aguas del Ganjes, y por otro, las floridas terrazas de los jardines reales. Allí se abría la única puerta de acceso, una enorme puerta de bronce movida por un mecanismo especial. Una serie de corredores y escaleras, caprichosamente arreglados en apariencia, conducía a la sala del tesoro, protegida por una reja enorme.

Ante aquel maravilloso edificio de piedra y de metal, que sobrepujaba a todo lo que él había imaginado, el rajá no pudo menos de felicitar calurosamente al arquitecto.

—Excelente Sethon, eres el más hábil de mis súbditos.

Los cortesanos inclinaron la cabeza. Sabían que el favor del príncipe, tarde o temprano era fatal y deploraban entre ellos el destino del desgraciado Sethon. Muchos le avisaron en secreto que desconfiara de Sivapura.

Sethon les agradeció el aviso; pero no dejó de seguir aceptando los favores de su soberano, quien, con mucha frecuencia le daba asiento en su mesa, honor insigno reservado solamente a los grandes dignatarios y a los generales ingleses.

Una noche, al salir de un festín, en el que su huésped había estado más amable y más sonriente que nunca, el arquitecto se sintió indispuesto y se apresuró a llegar a su casa. Sus dos hijos, asombrados al ver su palidez le hicieron mil preguntas.

—¿Estás enfermo? ¿Quieres algún medicamento?

—No—dijo Sethon, acostándose —Solo necesito descansar. Sin embargo, escuchad. Antes de dejarme, tomad ese cofre de cedro...

Se detuvo un instante, presa de un escalofrío, y continuó:

—Hallaréis el plano de la pagoda...

Sus manos se crispaban, luchando con la agonía, y prosiguió en un supremo esfuerzo:

—El secreto... el silencio...

Y murió. El rey y toda la corte asistieron a sus funerales. Se habló de envenenamiento; se dijo que el rajá, deseando ser el único en conocer el secreto de la pagoda, había hecho desaparecer al arquitecto, como poco a poco había hecho desaparecer a todos los obreros que intervinieron en la construcción.

Los dos huérfanos, al oir aquellos rumores se acordaron de las últimas palabras de su padre y abrieron el cofre, dentro del cual encontraron un plano de la pagoda, en el que se leía: "En la línea de la tercera aspillera de la fachada que mira a Oriente, sígase la línea de los basamentos que prolongan la pared de la terraza; en el punto de encuentro, cuéntense los tres blocks colocados debajo, y allí está una puerta secreta que nadie más que yo conoce. Un empujón con la mano basta para abrirla. Que Brahma y Vichnú os ayuden.

Los dos hermanos juraron vengar la muerte de su padre, y aquella misma noche, remontando el Ganjes en una canoa llegaron al sitio indicado. Uno de ellos apoyó una mano temblorosa, sobre el granito y ¡oh milagro! la piedra giró lentamente sobre sí misma, dejando al descubierto un corredor que conducía al tesoro del rajá.

Entraron con grandes precauciones hasta que el estupor los dejó como clavados; un rayo de pálida luz que penetraba por la abertura, iluminaba enormes montones de brillantes y piedras preciosas: aquello era el tesoro de Sivapura.

Los hijos del arquitecto contemplaron durante algún tiempo aquel maravilloso espectáculo, hasta que salieron de su éxtasis y se retiraron dispuestos a volver cuando el rajá fuera a visitar sus riquezas, para vengar la muerte de su padre.

Al día siguiente, el rajá juzgó oportuno ir a ver en que estado se hallaba su tesoro, pues hacía muchos días que no había ido a la pagoda. Despidió a sus guardias, abrió la puerta de bronce que se cerró tras él, y se internó en el dédalo de corredores, siguiendo los signos que sólo él conocía y que le indicaban el camino. Bajó una escalera, sacó una llave de plata abrió una reja y se encontr ante su querido tesoro. De pronto un ruido sordo le hizo estremecer: la reja, girando sobre sus goznes acababa de cerrarse, y era imposible abrirla desde dentro. ¡Estaba enterrado en vida!

EL AUTOBUS

Versos Modernistas

Poco fáltale para andar
En la cochera muy reluciente
Lo acababan de pintar
Y le admiraba la gente.
Pisar la calle quería
¿Por qué aún no saldré?
El pobrecillo decía
¿Saben ustedes por qué?
¡Le faltaba una bujía!
Un día vió se le acercaba
Uno de la compañía
Y que en las tripas le andaba
¡Le había puesto la bujía!
Al día siguiente saldría.
Las siete acaban de dar
Se le acerca un conductor
Dice el rojo, ¡Por favor!
Hazme de una vez andar.
Le examinó el del volante,
Cosa que a él le molestó;
Luego montó en el pescant
¡Ahora sí que se alegró:
Vió venir al cobrador
Con el trayecto en la mano
Dijo algo al conductor
Y lo puso muy ufano.
Montó en la parte de atrás,
Sonó el timbre, tin... tin... tin
La mole se puso a andar
Y no con poco postín
Siete días lleva ya
Que va de Bilbao a Sevilla (Calles)
¿Creis que ya harto ya no está?
¡Está hasta la coronilla!
Cuando un día, ¡oh, dolor!
Notó que algo le dolía:
Era el acumulador
Que más correr no podía.
Al punto bajó el doctor
A reparar la avería
Y dijo que aquel dolor
En arreglar tardaría.
Más enfermedades fueron
Las que tuvo aquella mole:
Un día rotos los faroles,
A la cochera trajeron.
¡Padres que tenéis hijos!
Y madres que no los tenéis,
Apuesto de punto fijo
Que al oir esto lloraréis.
Este autobús un buen día, una injuria recibió
De un celoso tranvía,
Que una aleta le rompió
Del que vengarse juró.
Aquella mañana fué
La que el autobús buscaba
Al tranvía. No lo vé,
Y mucho se disgustaba.
Ya lo vió fué ¡que Dios quiso!
Iba a vengarse su injuria
Le arremetió con furia
Y volcaron indecisos.
Vengarse, se había vengad.
Sin arreglo su avería,
Desde aquel maldito día,
Su vida había terminado.
Por un carro remolcado,
Fué llevado a un precipicio
Y por allí fué tirado
Y mil añicos se hizo.
Aquí terminó la vida
Del desgraciado autobús
Que hizo un tranvicida
Y no volvió a ver la luz...

(Versos originales del niño Alvaro Muñoz Custodio, de 11 años)

LA CURIOSIDAD DE LOS CHICOS



EL señor Cristóbal, antiguo servidor de una casa de andaluces, tenía muy cerca de ochenta años, las piernas flojas y la cabeza no muy fuerte.

Aunque no estaba ya para muchos trajines, ni aún para pocos, los señores agradecidos a los favores que toda la vida les prestó, lo conservaban a su lado de muy buena gana. Añádase a esto que Cristóbal era pintiparado para entretener a la gente menuda, que en la casa había dos niños: Perico y María, pardo y rosa, como dijo el poeta.

Una tarde, entre el niño y la niña agotaron, si no la paciencia, que era inagotable, la sabiduría del pobre viejo, que no lo era tanto.

—Cristóbal: ¿cuántas estrellas hay?

—Según... unas noches hay más... y otras noches menos.

—¿Y por qué?

—¡Toma! porque las noches de luna... las estrellas no salen todas.

—¿La luna no es una estrella, tó?

—No, la luna... es la luna.

—¿Y las estrellas dónde están sujetas?

—En el aire.

—¿Y no se pueden caer?

—No tengas cuidado. Mira qué viejo soy yo y no he visto caer ninguna.

—Y el sol, ¿dónde está?

—¡No lo había de saber! (¡Claro está que no lo sabía!)

—Oye, Cristóbal — interrumpió la niña, a quien preocupaban en extremo las cosas santas.

—¿Quién es más, el papa o el rey?

—El papa.

Pero Perico dice que el rey.

—¡Y es más el rey! — salta Perico con aplomo, que hacía dudar al oráculo.

—Sí, ¡porque tú quieres! — replicaba éste como esquivando entrar en discusiones.

—¿El tren? ¿Tú no has visto el carbón que lleva dentro?

—Sí.

—¿Y el maquinista?

—También.

—¡Pues ahí lo tienes! ¡No hay más que fijarse en las cosas!

—Oye, Cristóbal, ¿los fósforos son veneno?

—Oye, Cristóbal, ¿los moros son malos?

—Oye, Cristóbal, ¿por qué llueve?

—Oye, Cristóbal...

—Oye, Cristóbal...

Cristóbal tuvo que acabar por taparse los oídos.

Cuando era más vivo el tiroteo, acertó a pasar por allí la señora de la casa y preguntó, acariciándolos:

Y el señor Cristóbal, suspirando y riendo a la vez, se atrevió a contestar:

—¡Señorita Carmen! el que va a la escuela desde mañana, soy yo!

S. y J. A. QUINTERO.

El Pollino y el Pájaro

(FABULA)

Elevaba un pollino su plegaria
quejándose de su mala suerte
diciendo que su ignorancia era tan fuerte
que faltábale habilidad para eludir la faena agraria.

Oyólo un pajarito su lamento
y replicándole que no lo hiciera
aunque la labor muy dura fuera
peor sería el sacrificio o el tormento.

Cállate, díjole el asno de mal humor;
tú lo dices porque no trabajás y tienes nido
comes el sembrado del labrador
y nada interrumpe de tus alas el sonido.

Claro está, lo que tú dices, noble amigo,
pero mi vuelo en la siembra
puede ser fatal, y sin abrigo
quedarán mis pichones y la hembra.

Oyóse una descarga al instante
privándole la vida al pobre pajarito
que por aconsejar al inconstante
descuidó su ser el pobrecito.

Al ver en el suelo muerta la avecilla
conformóse el borrico con su suerte,
si pesábale el trabajo en la costilla
preferible era a la libertad con la muerte.

(Original del niño Federico Oliva, de 10 años de edad)

Fábula de Esopo

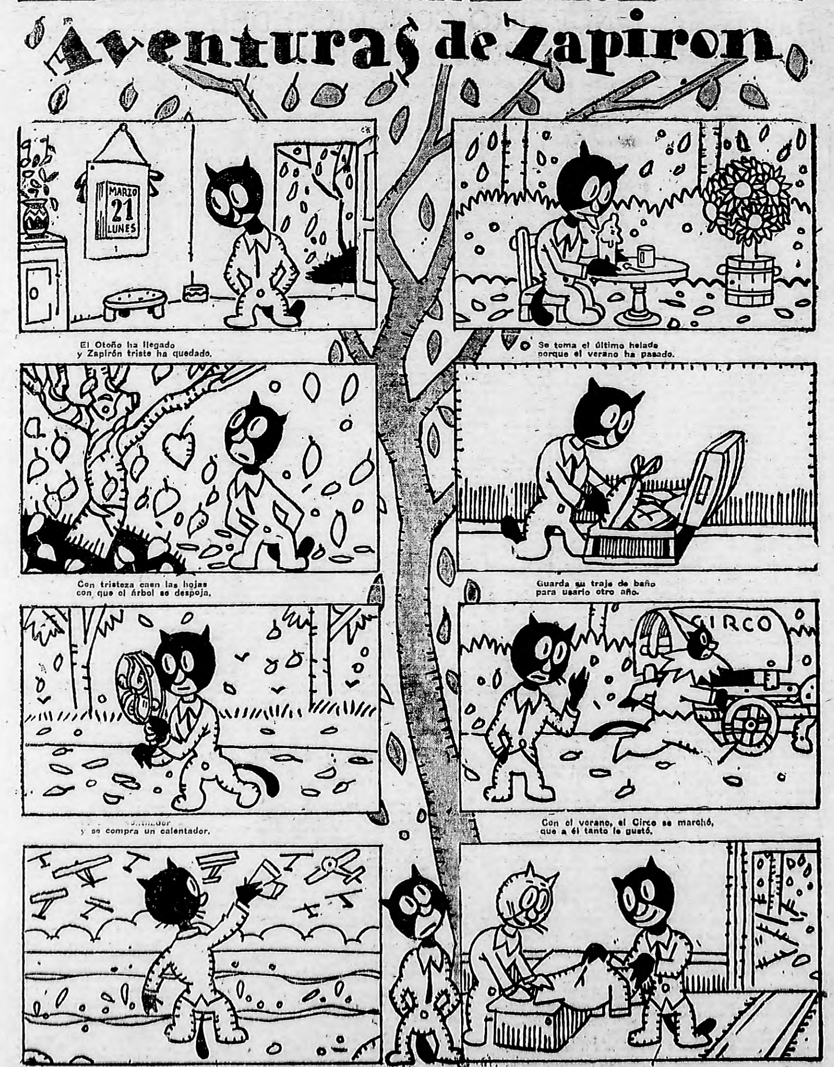
Caminaba un mastín en compañía de un asno, cargado de pan. La larga marcha despertóles el hambre, por lo que el asno se detuvo a comer los yerbajos que crecían al borde del camino. Esto aumentó el apetito del mastín que le contemplaba envidioso y que no pudiendo aguantar más, le pidió un pedazo de pan de los que llevaba sobre la albarda.

Respondióle el asno que si tenía hambre, se buscase como él la comida por el camino, pues no había pan que desperdiciar.

En esto divisaron a lo lejos un lobo que avanzaba hacia ellos. Apenas lo vió el asno, púsose a temblar y suplicó al mastín que no se separase de su lado y le defendiese del lobo.

—No, por cierto,—le respondió el perro: —los que comen solos deben luchar solos. Y diciendo y haciendo, dejó a su camarada de camino a merced del lobo.

"Si deseamos tener amigos, debemos mostrarnos serviciales".



El Otoño ha llegado
y Zapirón triste ha quedado.

Se toma el último helado
porque el verano ha pasado.

Con tristeza caen las hojas
con que el árbol se despoja.

Guarda su traje de baño
para usarlo otro año.

... ...tilador
y se compra un calentador.

Con el verano, el Circo se marchó,
que a él tanto le gustó.

Se despidió de los calores
y también de los aviadores

Zapirón, después de todo,
se compra un sobretodo.